

todo mi corazón en el suyo; rogábale por mi madre, que tanto suspiraba por su hijo! Ofrecíale ferventísimos votos por mi tierno padre por todos aquellos amigos cuyos padecimientos eran mas dolorosos para mí que mis propios padecimientos!....”

—

ANDRYANE.

“Destinado, en la época del imperio, á la carrera de las armas, ingresé desde muy temprano al ejército; y hacia mucho tiempo que en él servía cuando los acontecimientos de 1814 y 15, me obligaron á abandonar una profesion que habia abrazado con tanto ardor y con tan risueñas esperanzas.... Encontrándome en lo venidero dueño absolutamente de mi persona y de mi tiempo, difícil era que me libertase de los peligros que debia correr en Paris un jóven de diez y ocho años cuyo padre disfrutaba de cuantiosos bienes, y cuya educacion primaria, como se acostumbraba entonces, habia sido demasadamente inclinada á la milicia para que este jóven pudiese en seguida dedicarse á nuevos estudios, ó consagrarse á ocupaciones útiles que le pusiesen á cubierto de los males que ocasiona la ociosidad, la fogosidad de las pa-

siones y las seducciones del amor propio. Abandonéme, pues, ciegamente y sin reserva á los peligrosos placeres que se presentan tumultuosamente en Paris, á los que, como yo en aquella época, tienen oro para satisfacer los gustos mas ruinosos y un exceso de juventud y de vigor para sostener las locuras de toda especie que el ejemplo sugiere y en las cuales la vanidad nos induce incesantemente á excedernos. Transforméme en jóven á la moda, á quien se citaba por su exquisito modo de vestir, por los magníficos caballos que montaba, por lo mucho que apostaba al juego y por las extravagancias que cometia; lamentable celebridad de que gozaba yo sin ser dichoso, y que de dia en dia me esforzaba mas en merecer, aunque se abrigaba en mi corazón un secreto rubor de mal emplear así mi vida, en tanto que en derredor de mí veia á mas de uno de mis compañeros de armas que, celosos de no aparecer inferiores á la estudiosa juventud de la época, volvian á empezar con fervor y con perseverancia una educacion descuidada.

Esclavo del hábito y de la vanidad mas bien que de los vacíos goces que comenzaban á fastidiarme, proseguia adelante.... cuando una circunstancia fortuita vino súbitamente á detenerme en la fatal pendiente á la cual me arrastraba aquella vida de ociosidad y de desórden, haciéndome prestar oido á los consejos llenos de cordura de una hermana que era para mí una segunda madre, y á quien no cesaban de

hacer gemir mis errores... Entonces empezáronse á abrir mis ojos, comencé entonces á vergonzarme de mi ignorancia, de mi nulidad, y llorando ¡ay de mí! aquellos dias tan insensatamente perdidos, resolví ausentarme por mucho tiempo de aquella ciudad de perdicion donde en vano hubiera intentado emprender con fruto la regeneracion moral é intelectual que debia rehabilitarme á mis propios ojos y á los de las personas respetables cuya aprobacion y aprecio ambicionaba.

Sin que me detuviese la mal entendida vergüenza de abandonar de aquella manera intempestiva á los compañeros de mi alegre vida, ni la imagen seductora de los placeres y deleites que me gritaban como á San Agustin: "Con que quieres abandonarnos?" ni el sentimiento de que me iba á separar de mi anciano padre, alejéme de Paris con direccion al mediodía de la Francia, que tenia ánimo de recorrer antes de trasladarme á Ginebra, á donde llegué durante el mes de enero de 1820."

Andryane, llegado que hubo á Ginebra, entabló en breve relaciones con carbonarios italianos. Su alma ardiente meditó en la idependencia de Italia y quiso consagrarse completamente á consumarla. Habiéndose encargado de una comision peligrosa para Milan, fué descubierto por la policia austriaca, y encerrado en un calabozo. No tardó en ver la triste suerte que le esperaba.

"¡En vano luchaba yo con la tristeza y el abatimiento que me causaba la conviccion de que ninguno de los seres á quienes mas amaba estaria á mi lado durante mis últimos momentos! ¡Esta fatal idea continuamente me seguia, incessantemente me abrumaba! En vano procuraba no pensar sino en Dios, no meditar sino en la otra vida!... Mi fe no era bastante viva, no eran mi esperanza ni mi conviccion religiosa bastante firmes para operar en mí aquel despego de las cosas terrenas que hace que á los decretos de la Providencia completamente nos sometamos. No murmuraba yo contra ella, es cierto, por el contrario la invocaba y llamaba en mi auxilio; empero estos arranques hácia Dios, estas invocaciones á su misericordia, distaban mucho de hacer que descendiese á mi corazon aquella paciencia, aquella mansedumbre, aquella tranquilidad en los trabajos, aquella constante resignacion, aquella fé en las bienaventuranzas celestiales que el verdadero cristiano es el único que experimenta en medio de los males mas crueles, y aun en la hora en que la muerte se le aproxima... ¡Todavía no tenia yo, como él, en la persona del Salvador del mundo, un hermano, un redentor, un Dios de amor y de misericordia á quien pudiera ofrecer con alborozo, en sacrificio, todas mis angustias y mis lágrimas! ¡Todavía ignoraba que el dolor es nuestra herencia en este mundo... y que el dolor se convierte en un goce inefable cuando lo sobrellevamos por amor de

aquel Dios cuyas palabras y promesas serán eternas!....

Yo era dócil, sufrido, estaba resignado á la muerte, pero mi alma estaba triste y melancólica, y si la esperanza de los premios de la otra vida descendía de vez en cuando á ella, no introducía en su seno sino vagos fulgores que la alumbraban por un instante, sin calentarla ni vencerla.... Oraba, es cierto, empero el bálsamo de la oracion, cuando son los males crueles y dilatados, no ejerce consoladoras influencias sino en los corazones que de mucho tiempo atrás han pertenecido á Jesucristo, ó bien en aquellos á los que la luz del Evangelio ha herido repentinamente y que, movidos por el nuevo fervor que les anima, bendicen la desgracia que ha venido á abrir sus ojos á la verdad eterna.

Pero para los que creen en Dios como yo creía en él entonces, por sentimiento, por poesía, la oracion, en los dias de infortunio, no puede ser mas que un alarido que el dolor arranca, tan solo la efusion de una alma que, encorvándose al peso de sus penas, busca alivio en el supremo manantial de los bienes y de los males y se siente reanimada un instante para volver á caer despues en los tormentos de la incertidumbre y en la amargura de la adversidad. Mi religion no era sino la fe de la desgracia, y estaba satisfecho con ella porque aun no habia llegado la época en que el infortunio habia de ser mas fuerte que mi valor y mi voluntad

.....

Convencido de que la muerte habia de separarme en breve de mis pobres amigos, y de que no volveria á ver mi patria ni á mi padre, quise aprovecharme del permiso que se me concedía de que cada ocho dias escribiese, a fin de que conservasen algunos recuerdos de aquél cuya pérdida llorarian. Esta idea hizome vencer la repugnancia que me inspiraba la certidumbre que tenia de que los miembros de la comision leerian mis cartas. ¡Qué de cosas me veía en la necesidad de pasar en silencio! ¡veíame en la precision de ocultar una infinidad de impresiones!.... Empero repetíame yo en mi mente: “Cuando tú hayas dejado de existir no les quedará mas memoria de tí que esos renglones; luego escribe....;ese es el último consuelo que debes darles....”

Terminaba un dia una de estas melancólicas cartas cuando el carcelero Riboni entró en nuestra clausura y nos dijo con gravedad: “Caballeros, se me ha mandado que os prevenga que aquellos de entre vosotros que quisieren encomendarse á Dios podrán pasar á conversar mañana y pasado, con un eclesiástico que ha elegido la comision para que desempeñe esas funciones. ¿Estais decididos á hacer uso de de sus servicios? Me ha mandado la comision que á cada uno de vosotros lo pregunte.” Mi compañero, que era en quien habia puesto los ojos Riboni, contestó apresuradamente: “Sin duda, sin duda, estoy dispuesto á verme con ese digno sacerdote; lo deseaba.—Y vos, signor france-

se, me preguntó sonriendo, ¿lo deseais igualmente?—Yo no.—¿Pero queréis que se os ponga en lista?—Tampoco; no estoy preparado para cumplir con ese deber religioso.—Bien está, dijo el carcelero saludándonos; daré cuenta de ello. . . .”

Cuando llegó mi turno caminé con los demás no obstante. Bajé escoltado de gendarmes y atravesé, por en medio de una doble hilera de soldados húngaros, un patio que conducía á los calabozos en los cuales habia pasado yo tres meses incomunicado. En una de aquellas estrechas masmorras habiase preparado una especie de capilla con colgaduras negras, iluminada por algunos cirios, y que hablaba tanto mas á la imaginacion cuanto que se veian, al lado de los ornamentos del culto y junto á los emblemas de la misericordia, divina las tristes señales de la desdicha y del cautiverio.

El sacerdote se puso en pié cuando yo me le aproximara. Era un hombre de estatura media, cuya fisonomía, benévola y afable, anunciaba que sabia compadecerse de los infortunios que era llamado á conocer y mitigar. . . . Habíendose llegado á mi tomòme la mano con un aspecto cariñoso y me rogó que junto á él me sentase. “Hace por ventura mucho, preguntóme con bondad, que no cumplís con vuestros deberes religiosos? Las distracciones que ofrece el mundo, y al mismo tiempo su placeres, nos impiden con harta frecuencia que pongamos en práctica las piadosas instrucciones que

en nuestra juventud recibimos. . . . Esa es, ¡ay! la condicion de cási la generalidad de los jóvenes á quienes ha mimado la fortuna y que á las seducciones de la sociedad se ven expuestos; y en ese olvido de lo mas importante que pueda existir en la tierra para el hombre como es su salvacion eterna, pasan una vida tan efimera y corta! . . . ¡Felices aquellos que no esperan, para convertirse, á que el Señor les haya herido con su rayo como sucedió al eminente apóstol San Pablo! . . .

“¡Felices igualmente aquellos que reconocen, como él la mano de Dios en las adversidades que les afligen, que abren los ojos á la luz y que en el seno del Señor encuentran consuelos para sus males presentes y santas esperanzas para lo futuro! . . . Proporcionadme el gozo de que habreis de ser uno de estos predestinados, díjome dirigiendo hácia mí una mirada de bondad suplicante; hacedme ver, ¡oh hijo mio! que tan grande intortunio, que tan completa soledad han hecho que vuelva vuestro corazon á la senda de nuestra religion sacrosanta, y con vos tributaré gracia á Dios de que haya permitido que la adversidad que se ha venido á arrojar sobre vuestra cabeza no haya permanecido estéril en consuelos y en gozos imperecederos...”

Hablábame con tanta uncion, con bondad tanta, que la idea que á los principios me habia pasado por la mente sobre si seria un instrumento de la policia se modificó poco á poco, y en breve hasta la mas leve desconfianza entera-

mente dispóse. . . . “Permitidme, díjele en francés, que me exprese en mi propio idioma que sin duda alguna hablareis. . . .

—Sí, sí, hijo mio, hablad francés; los pensamientos íntimos, los pensamientos que proceden del corazón, no se expresan bien sino en el idioma materno, y mucho me complazco en poder comprender el lenguaje de Bossuet y de Fenelon, ilustres compatriotas vuestros.

—“Yo habia resuelto á los principios, proseguí diciendo, resistirme á llegarme á vos; empero reflexiones mas cuerdas me han hecho variar de opinion y ahora me huelgo de ello. . . . Temia, para decir la verdad desnuda, que tal paso, dado por mí y en la situación en que me hallo, pareciese un acto de flaqueza una concesion hecha á las circunstancias. . . . y estaba decidido á no darlo. . . .

—“¿De suerte, hijo mio, que una vergüenza mal entendida, era la que se oponia á que con vuestros deberes cumpliéseis, á que tributáseis á Dios el homenaje que le debeis?

—“No, padre mio, no; una consideración de esa especie no me habria arredrado, si hubiese yo estado convencido, si hubiese practicado la religion católica. . . .; pero la fe, padre mio, la fe yo no la tengo!

—“Decid, hijo mio, que habeis dejado de tenerla.

—“Creo en Dios, en su poder, en su bondad; espero pasar á otra vida, respeto la religion revelada, y admiro la moral de Jesucristo.

—“Y sin embargo, dijo el digno sacerdote suspirando, no podeis admitir ni la divinidad de Jesucristo, ni las verdades de la santa Escritura! . . .; y creéis que sois religioso porque sentís inspiraciones que os elevan hácia el Omnipotente, porque le invocais en momentos de sensibilidad y de exaltacion! Todo eso, ¡ay de mí! no es mas que una poesía del corazón y de la mente, no es mas que un puro deísmo que no tiene otra consistencia ni otra base que la necesidad de otra vida que ha introducido Dios en nuestra alma, pero que no puede hacer frente ni á los sofismas de la incredulidad, ni á los golpes del infortunio.

—“¡Ha sido suficiente, sin embargo, padre mio, para hacer que sobrelleve con resignacion la suerte fatal que me espera!

—“¡Ay, hijo mio! bien sé yo, dijo con una voz tan grata que su acento me conmovió el alma, bien sé yo que en un carácter como el vuestro se sostiene la exaltacion y hasta se aumenta, en proporción de la violencia de la crisis y de la inminencia de la catástrofe. . . .; pero que se prolongue la desdicha, que la cárcel y el tedio mortal que origina, se sucedan á la agitacion del proceso, y desaparecerá esa exaltacion, esa creencia en el Ser supremo; esos arranques hácia Dios que os habian sostenido en el momento decisivo, se entibiarán en el silencio de un dilatado cautiverio, se empezarán á disipar á impulsos de los sofismas de la duda. . . . dejándoos desarmado y sin refugio contra el remor

dimiento de lo pasado, el disgusto de lo presente y la incertidumbre del porvenir. . . ¡Libreme Dios, agregó con presteza, de querer inferir de ahí que semejante suerte os espere! No, hijo mio; y si nuestro salvador Jesucristo atendiese á mis ruegos conmoviéndoo el corazon, volviéndoo á conducir al seno de la santa Iglesia, os devolveria la libertad, ese bien carísimo cuyo precio únicamente lo saben estimar los cautivos.

—“Ya os tengo dicho, padre mio, que respeto la religion revelada: pero en estos momentos, y en la posicion en que me hallo, es demasidamente tarde para que examine la verdad de ella. Si me propusiese fingir, si me acercase á los sacramentos con las disposiciones en que por ahora me encuentro, ¿no tendriais derecho á acusarme de ligereza ò de hipocresía? . . . No puedo yo engañar á mi conciencia ni desgradarme hasta el extremo de fingir una creencia que no tengo; ya que en el ánimo del emperador me perjudico, siquiera habré logrado conservar la estimacion de mi mismo.

—“¡Hijo mio! exclamó el sacerdote; si poneis esas vanas consideraciones en parangon con vuestra salvacion, ¿qué es lo que todas ellas valen? Si esa religion que venerais, segun decís es la religion verdadera, si ninguno se puede salvar sino practicándola, ¿á dónde iria á parar vuestra alma ¡oh hijo mio! si Dios se sirviese exponeros á la postrera de las pruebas, si os arrebatase en breve de este mundo?

—“Si no me engaño, Dios se apiadará de mí si muero. Sabe, él que escudriña los corazones, que no por menos, precio es por lo que me resisto á practicar la religion católica; él juzgará mis intenciones y cubrirá mis yerros con el manto de su misericordia.

—“¡Ya volveréis á él, jóven! volveréis á él, yo os lo digo. Vuestra alma es demasidamente sensible, existe demasiada piedad en vuestro corazon para que algun dia no os cuente nuestro Dios Salvador entre sus mas queridas ovejas. ¡Oh! ruégoo que pisoteeis todos esos respetos humanos: ¿qué valen comparados con la eterna bienaventuranza que únicamente la revelacion nos promete y nos asegura? Tomad en vuestras manos los santos libros, esos libros que no conocéis todavia; ledlos, meditadlos, y encontrareis en ellos, ved que os lo digo yo, hijo mio, la sabiduría y la verdad; allí aprendereis la humildad, la paciencia, el arrepentimiento, y al ver que aquella divina moral, que aquel adorable lenguaje no puede proceder de los hombres, percibiréis la mano de Dios que enviò su Hijo para redimir vuestros pecados y abrirnos las puertas de la vida eterna. . . Entonces se iluminará nuestro espiritu que todo se vuelve ahora tinieblas; entonces vuestro corazon, que lucha hoy contra la adversidad con trabajo tanto, sobrellevará su infortunio con alborozo, porque lo sobre; llevará por amor á su Dios, ¡entonces estareis dispuesto, siempre dispuesto á ausentaros de la vida, si asi los hombres lo disponen,

6 á sufrir con resignacion los males de un dilatado cautiverio, ó bien á edificar á vuestros semejantes con la santidad de vuestra vida si en la sociedad volveis á pasarla.

“Con la religion sereis en todo lugar y en todo tiempo resignado, dichoso, y estareis lleno de esperanzas; sin ella no tendreis en la tierra mas que desengaños, remordimientos y desesperacion que no os podrán hacer adquirir esa felicidad sin fin que ha prometido Jesucristo á los que creen en él, y que por él padecen.

Dios, hijo mio, continuó diciendo con una tierna conviccion el sacerdote, no habrá descargado en vano sobre vos el rigor de su divinidad. . . . Volvereis á él, os volvereis hácia ese Padre misericordioso, único origen de la verdad y del consuelo; y cuando por medio de su gracia hayais saboreado las dulzuras y hayais gozado de la alegría que proporcionan una viva fe y una eficaz práctica, bendecireis el dia en que Aquél á quien llamamos *nuestro Padre*, condenándoos repentinamente en este mundo á las aflicciones y á las lágrimas, os devolviera el mas precioso, el mas imperecedero de los bienes, la creencia en su revelacion y la esperanza de merecer por vuestras virtudes las eternas bienaventuranzas.

—“Lo que bendeciré, padre mio, será que me haya enviado Dios á mi cárcel un ministro del Evangelio que comprende tambien la mision de paz, y de consuelo con la cual está encargado

de cumplir para con los desdichados presos. . . . Y si algun dia descendiera la conviccion á mi alma, antes de mi postrer momento suplicaria que me concediese el favor de volveros á ver otra vez y de que me auxiliáseis

“Si hoy me resisto á cumplir con los deberes del cristiamo no es por desprecio á la religion, ni por obstinacion, ni por ateismo; podrá ser que esté extraviado mi corazon, pero no está empedernido; podrá ser que la exaltacion le ciegue y que léjos de la verdad le arrastre, pero es sincero en sus sentimientos, es enemigo de todo acomodamiento, de toda falsedad, de toda bajeza en cosas ó por cosas respecto de las cuales la conciencia no debe jamás admitirlos aun cuando vaya en ello la vida. . . . Gracias, padre mio, dije levantándome, mil gracias por vuestra indulgencia, por la bondad de que me habeis colmado; sea mi suerte cual fuere, con gratitud, y espero que con fruto, me acordaré de la plática que hemos tenido. . . .”

Diciendo estas palabras tomé la mano del buen sacerdote y la llevé á mis labios; luego la puse sobre mi corazon y oí, al ausentarme, que proferia su boca estas palabras tan gratas como una plegaria: “¡Dios tenga misericordia de tí, oh pobrecita alma!”

De este modo me separé de aquel respetable eclesiástico cuyas piadosas exhortaciones me habian conmovido el alma sin que, sin embargo, hiciesen penetrar la conviccion en ella, porque todavia no habia llegado la hora, y porque